

La práctica de ayuda psicomotriz (la terapia psicomotriz)

INTRODUCCIÓN A LA PRÁCTICA PSICOMOTRIZ AUCOUTURIER (PPA)
(artículo publicado en el nº 136 en la revista AULA ed. Graò).

La filosofía de la ayuda: “Hacerse cargo” de la historia del niño expresada en la relación que le ofrecemos, es una buena metáfora para entender la ayuda desde nuestra concepción. “Hacerse cargo” en contraposición a “cuidar” (curar el síntoma).

La patología psicomotriz es el resultado del fracaso de la integración de las experiencias corporales en el psiquismo, dentro de una relación (el fracaso de la construcción de los fantasmas de acción); el entorno se hace imprevisible, caótico y poco maleable y perduran las angustias arcaicas de pérdida del cuerpo que desestabilizan las funciones corporales de la vida vegetativa y relacional porque los procesos de segurización profunda son deficitarios.

El objetivo esencial de la ayuda psicomotriz es potenciar el proceso de segurización profunda que, al ser deficitario, ha impedido que el niño desarrolle sus capacidades de simbolización, incluso las más elementales, por la vía corporal. La regresión dinámica a través de juegos de segurización profunda y de la movilización tónico-emocional que los acompaña es la estrategia fundamental de la ayuda psicomotriz terapéutica.

El trabajo con los padres : Ante todo es necesario trabajar, explicitar e incluso reformular la demanda con los padres para tener la seguridad que se ha entendido y asumido el sentido de la intervención terapéutica. La claridad del “setting” en la ayuda psicomotriz puede contener, por lo menos inicialmente, la angustia de los niños/as y también de su entorno.

Es evidente que los padres de un/a niño/a con dificultades en su evolución sufren sin poderlo expresar, por esto es necesario intentar que las relaciones con las personas del

Hablando y escuchando con autenticidad se puede instaurar el clima de confianza necesario para iniciar un proceso terapéutico: definir claramente los objetivos que nos proponemos alcanzar, el “espíritu” y la filosofía de nuestro trabajo (una dinámica de placer, de acción, de juego y de representación) con palabras sencillas y asequibles, dejando siempre la posibilidad de decir NO a la ayuda que se les ofrece, porque la aceptación, el SÍ, sólo tiene sentido cuando la persona se siente emocionalmente libre para decir NO.

La confianza de los que han demandado la ayuda para el/la niño/a se ha de merecer, es evidente que no se puede decretar, simplemente se va instaurando y para conseguirla no se puede intentar manipular dando “consejos educativos” que sólo servirían para descargarles de su capacidad de responsabilización y por tanto de tomar decisiones como “sujetos”.

En la relación del/la psicomotricista con los padres y con los/as maestros/as el objetivo es ofrecer un espacio de escucha atenta, de relación confiada, que permite hacer conscientes las elecciones, las actitudes, las dificultades y también

los éxitos y que se pueda hablar de todo ello con la emoción que supone facilitando su colaboración (indispensable para la intervención con el niño/a).

Con algunos padres a veces la escucha puede ser difícil porque están excesivamente implicados en un sistema complejo de reacciones afectivas con su hijo/a. Se pueden comprender las dificultades del niño/a en este campo de interacciones perturbadas que les hacen sufrir a todos y les llevan a reaccionar con unas actitudes de defensa complejas y contradictorias. Ciertamente los padres sufren pero la función del/la psicomotricista no es la de ofrecer una ayuda estructurada a los padres que sólo piden una intervención especializada para su hijo/a y es necesario derivarles a otros especialistas.

Pero a menudo se subestima la capacidad de las personas para cambiar por sí mismas cuando se sienten aceptadas plenamente con sus palabras y con sus emociones. Hemos podido constatar que esta aceptación les da confianza en sí mismas y modifica su actitud permitiéndoles evolucionar, lo que repercute muy favorablemente en la evolución de sus hijos/as. En esto radica la paradoja cuanto menos se intenta que cambien, lo hacen más fácilmente ya que las resistencias afectivas son menores. Creemos que las personas tienen la capacidad de cambiar por sí mismas siempre que se encuentren en un contexto de confianza, de seguridad afectiva, de libertad de expresión y de mediación ajustado a la persona.

Es necesaria una observación interactiva del/a niño/a en relación con el/la psicomotricista para decidir la intervención por medio de la ayuda psicomotriz. Consiste en observar durante la interacción terapeuta -niño/a sus capacidades de segurización profunda, sus posibilidades de modificación tónico-emocional y sus capacidades de simbolización por la vía corporal, por mínimas que sean.

El/la terapeuta durante el tratamiento de ayuda psicomotriz

interacciona con el/la niño/a implicándose a nivel tónico-emocional y se sitúa con el/la niño/a a un nivel de funcionamiento arcaico segurizante. La implicación supone la vivencia de “resonancias tónico-emocionales recíprocas” indispensables para la emergencia de los fantasmas de acción que no han podido expresarse nunca o para la formación de los primeros fantasmas de acción que surgirán de las experiencias corporales vividas en una relación.

El/la terapeuta asume las identificaciones que el/la niño/a proyecta sobre él/ella y las representa: es odiado/a (destruido/a, tirado/a, muerto/a) y es amado/a (agarrado/a, retenido/a, apresado/a, protegido/a, cuidado/a, salvado/a); pero a la vez el/la terapeuta delimita claramente lo que es de uno (paciente) y del otro (terapeuta); sabe mantenerse firme, oponiéndose al/la niño/a y es capaz de decir NO con claridad, lo que es necesario para la dinámica de maduración psicológica del/la niño/a.

“Ponerse en la piel del/la niño/a manteniéndose en la propia piel” es una metáfora que ilustra bien esta relación intensa y necesaria entre el/la terapeuta y el/la niño/a. Esta condición exige que el/la terapeuta funcione a un nivel arcaico sin dejar de ser el/la mismo/a: idéntico/a y maleable, transformable. La maleabilidad terapeuta que se deja transformar por su paciente, a nivel tónico, postural, motor y emocional, manteniéndose idéntico/a en su calidad de acompañamiento, favorece la transformación tónico-emocional del/la niño/a y desbloquea sus imágenes mentales.

El/la niño/a sólo puede llegar a construirse si el/la terapeuta comparte con él/ella el placer de jugar y de comunicarse, por ello es necesario que el/la terapeuta no proyecte excesivamente los propios afectos de placer a través del movimiento o del lenguaje.

En resumen, la opción filosófica es clara: se trate de un bebé, de un/a niño/a, de un/a adolescente o de un/a adulto/a cada ser humano es considerado como sujeto que da testimonio de su experiencia única y que ha de ser acogido con todo el respeto. La persona si se siente confiada expresa sus pensamientos y sus emociones. La actitud de escucha favorece la comunicación, permitiendo la distancia y la seguridad necesarias para comprender al otro. Comprender al otro no es considerarle un objeto de análisis intelectual con el que se puede trabajar (ejercer nuestro poder de dominio) para obtener un cambio sino que ante todo es intentar captar el sentido de su testimonio, de su historia profunda, inconsciente, a través de diversos registros simbólicos manifestados tanto a nivel no verbal como verbal.

Definir esta actitud con palabras, fuera del contexto experiencial, parece banal.

Las palabras clave que se mantienen son “ESCUCHA”, “COMPRENSIÓN”, y “RESPECTO”. LA ACTITUD DE ACOGIDA EMPÁTICA las incluye todas, pero si no se ha experimentado e interiorizado, sólo recubre una realidad abstracta y desencarnada, sin cuerpo!!.